

[*Petrogrado en el segundo aniversario de la revolución de octubre*]

(Discurso)

León Trotsky
30 octubre de 1919

(Versión al castellano desde “Petrograd”, en *Bulletin Communiste*, 1er año, nº 11, 27 de mayo de 1920, *Organe du Comité de la Troisième Internationale*, páginas 10-12. Presentación del *Bulletin*: “Con ocasión del segundo aniversario de la revolución de octubre, el camarada León Trotsky pronunció en Petrogrado el discurso que publicamos aquí a la gloria del proletariado de la gran ciudad que fue la cuna de la revolución social.”)

“*¡Defender a Petrogrado hasta derramar la última gota de sangre, no ceder ni un pie de terreno, luchar, si necesario fuere, en las calles de la ciudad!*” fue la propuesta que Trotsky hizo al Sóviet de la Defensa Nacional ante el inminente ataque de las tropas blancas reaccionarias e imperialistas contra la capital de la revolución proletaria de 1917. En plena guerra civil de defensa ante la intervención reaccionaria e imperialista contra el primer estado obrero de la historia, Stalin y otros llevaban ya tiempo maquinando en los pasillos contra Trotsky, y hasta el punto que este llegó a presentar la dimisión de sus cargos. El llamado ‘grupo de Tsaritsyn’ provocó con su conducta, a principios de 1919, una nota de Trotsky que rezaba, entre otras cosas: “*Considero que el patronazgo de Stalin de la tendencia de Tsaritsyn es una peligrosa úlcera, peor que cualquier perfidia o traición de especialistas militares [...] Vorochilov + las guerrillas ucranianas + el bajo nivel cultural de la población + la demagogia; en ningún caso lo podemos tolerar*”. En julio presentó su dimisión, dimisión que el comité central rechazó el 15 de ese mes añadiéndole a la comunicación la nota siguiente: “*El buró de organización y el buró político del comité central dejan al camarada Trotsky la completa libertad para obtener, por todos los medios, lo que estime sea una corrección de la línea general en la cuestión militar y, si así lo desea, se esforzarán en apresurar la convocatoria del congreso del partido*.” Sin embargo, el acoso de la misma camarilla siguió obstaculizando la conducción de la guerra civil. En noviembre de 1919 la reacción armada amenazaba Moscú estando a punto de ocupar Tula, único centro de industria de guerra y puerta directa a Moscú y las tropas de Yudenich, armadas y apoyadas por el imperialismo británico, alcanzaban los suburbios de Petrogrado. El 15 de octubre Lenin propone abandonar Petrogrado en el buró político y Trotsky se opone vigorosamente. Trotsky queda mandato para acudir a Petrogrado a defender la ciudad. El día 16, en el tren que lo lleva a Petrogrado, Trotsky redacta un proyecto de plan de batalla en las calles caso que las defensas exteriores de Petrogrado cediesen al asalto de los blancos: “*Si entran en esa ciudad gigante, los guardias blancos descubrirán que han caído en un laberinto de piedra en el que cada edificio será para ellos un enigma, una amenaza o un peligro mortal. ¿Desde dónde esperar el disparo? ¿De la ventana? ¿De las buhardillas? ¿De los semisótanos? ¿De la esquina? ¡De todas partes! Tenemos ametralladoras, fusiles, revólveres; granadas [...] Podemos cubrir determinadas calles con redes de alambradas dejando otras abiertas y haciendo de ellas una trampa*.” Una vez llegado a Petrogrado se presenta de inmediato en el sóviet de la ciudad y desde allí lanza un llamamiento a los obreros de la capital de la revolución. El 21 de octubre los revolucionarios tuvieron que replegarse a las alturas de Pulkovo, que ese mismo día se fortifican. Los combates son encarnizados hasta el punto que, el 24, Trotsky recuerda en una orden a las tropas “*¡Hay del soldado que sea lo bastante indigno para levantar el arma contra un prisionero o un tráfuga desarmado!*”; los británicos acosaban cañoneando desde las costas del golfo de Finlandia y se producían combates navales, tras el hundimiento de tres torpederos y la muerte de 550 marineros revolucionarios Trotsky expide una orden al ejército y la marina en memoria de las víctimas: “*¡Soldados rojos! No hay un solo frente en que no os encontréis con la perfidia enemiga de los ingleses. Las tropas contrarrevolucionarias descargan sobre nosotros con cañones ingleses. De procedencia inglesa son las municiones que se almacenan en los arsenales de Chenkiursk y de Onega, en los del frente sur y occidental. Los soldados que hacéis prisioneros viene todos equipados con prendas inglesas. Las mujeres y los niños de Arcángel y de Astrakán caen muertos y quedan inválidos por la dinamita inglesa que aeroplanos también ingleses lanzan desde los aires. Ingleses son los barcos que bombardean nuestras costas [...] Pero no olvidemos, y permitidme que os lo recuerde en este momento en que luchamos a vida o muerte contra ese general a sueldo de los ingleses que es Yudenich; no olvidemos que existe también otra Inglaterra. Además de esa Inglaterra, ávida de ganancias y de poderío, corrompida y sanguinaria, hay la Inglaterra de los trabajadores, del poderío de la inteligencia, de los grandes ideales, de la solidaridad internacional. La que guerra contra nosotros es la Inglaterra de la bolsa, la Inglaterra vil y deshonrada. La Inglaterra laboriosa y activa, el pueblo inglés, está con nosotros*.” Según Broué en su *Trotsky*: “El 23 las tropas blancas del general Yudenich fueron detenidas en la línea de Pulkovo y comenzaron a retirarse precipitadamente. En el mismo momento, en el este, los hombres de Kolchak se rindieron a millares; su jefe en persona cayó en manos de los soldados rojos. En el sur el suelo se hundía bajo los pies del ejército de Denikin, rechazado por la población de las regiones que había conquistado.” En ese contexto se produce el discurso de Trotsky que aquí ofrecemos. EIS.

El segundo aniversario de la revolución de octubre ha concentrado en Petrogrado la atención particular de todo el país. Como hace ahora dos años, de nuevo la ciudad se encontraba bajo una grave amenaza llegada del sur-oeste; y, como a fines de octubre de 1917 (viejo estilo), la suerte de la gran ciudad se ha decidido en las alturas de Pulkovo.

Las operaciones militares de los dos adversarios estaban entonces envueltas en una especie de neblina impenetrable. Nadie podía decirnos, ni incluso en cifras aproximadas, cuáles eran las fuerzas que habían tomado la ofensiva contra nosotros. Mientras que unos las estimaban en un millar de cosacos, otros decían tres, cinco e incluso diez millares de hombres. La prensa burguesa y los rumores que la burguesía hacía circular (la burguesía y la prensa eran todavía pasablemente verbales en aquella época) exageraban desmesuradamente los efectivos de Karsnov. Recuerdo haber recibido las primeras informaciones precisas del camarada Voskov, que habiendo divisado las columnas de cosacos en Sestroczk, afirmaba categóricamente que había a lo sumo diez mil sables. Pero también teníamos que temer la llegada a marchas forzadas de otras unidades; mucho más teniendo en cuenta que el camarada Voskov sólo hablaba de las tropas transportadas por ferrocarril.

La cantidad numérica de las fuerzas de que disponíamos para oponer a los cosacos también era indeterminada. Disponíamos de la guarnición de Petrogrado, muy numerosa, cierto, pero compuesta por regimientos que ya habían perdido su acometividad en el curso de las primeras horas de la revolución. La vieja disciplina se iba con el viejo mando. La revolución exigía la destrucción del viejo mecanismo de guerra, pero la nueva disciplina militar, que debía reemplazarla, apenas si se esbozaba. A toda prisa se reclutaban destacamentos de guardias rojos, pero ¿cuál sería su combatividad? Nadie la sabía en aquellas fechas. No sabíamos exactamente dónde se encontraban los stocks de equipamiento militar. Los antiguos jefes no se apresuraban en ponerlos en nuestras manos y las autoridades militares creadas de nuevo lo ignoraban. Todo ello hacía la coyuntura militar general muy vaga y particularmente favorable para el nacimiento y propagación de rumores alarmantes.

Nos reunimos en el Smolny (no recuerdo la fecha exacta) un consejo de delegados de la guarnición y los representantes del mando; el camarada Lenin y yo fuimos invitados a participar en él. Una parte de la oficialidad había desaparecido, pero la mayoría de los jefes militares se mantenían en sus puestos sin saber demasiado qué hacer y estimaban, por tradición, la desertión como deshonrosa. De entre los oficiales que asistieron a ese consejo, ninguno de ellos exhaló la menor palabra sobre la inadmisibilidad de la “guerra civil” o sobre la inoportunidad de resistir a Kerensky y Krasnov. Esa actitud de los oficiales se explicaba, ante todo, por el profundo abatimiento moral y por la indiferencia del mando que no tenía ningún motivo para interesarse por el régimen de Kerensky y, por otra parte, no podía alegrarse del advenimiento del régimen de los sóviets. En aquellas fechas, la contrarrevolución todavía no se había organizado. Los agentes de la Entente no urdían todavía sus tramas. El partido más simple que se imponía a los oficiales bajo esas condiciones era mantenerse fieles a sus regimientos y someterse absolutamente a sus decisiones. También tenemos que decir que en aquella época el mando ya era elegible y que los elementos más retrógrados habían sido expulsados.

Pero en el consejo no existía ningún oficial que consintiese en asumir la responsabilidad de las operaciones necesarias. Dos motivos retenían al mando: en tanto

que recuerde yo, no existía entre los jefes militares que asistían al consejo hombres que tuviesen práctica de guerra más o menos sería, y nadie deseaba mezclarse en una empresa cuyas consecuencias permanecían siendo muy enigmáticas. Tras numerosas tentativas infructuosas de encargar a tal o tal otro oficial la dirección de las operaciones, el consejo hizo recaer su elección, finalmente, en el coronel Muraviev, que más tarde ejerció un importante papel en numerosas acciones militares de la Rusia de los sóviets.

Muraviev había nacido aventurero. En aquella época decía ser socialista revolucionario de izquierda (es sabido que ese partido servía entonces de refugio a un gran número de personajes equívocos que, al mismo tiempo que trataban de abrigarse bajo el nuevo régimen, no querían, sin embargo, aceptar la pesada carga de la disciplina bolchevique). En el curso de su carrera militar, Muraviev creo que había sido profesor de táctica en la escuela de los aspirantes al cuerpo de infantería. Jactancioso y fanfarrón, poseía, sin embargo, ciertas capacidades militares y sabía actuar con una rapidez fulminante en caso de necesidad; insolente, conocía, sin embargo, el arte de tratar a los soldados con camaradería y alentar su coraje. En la época de Kerensky, las cualidades aventureras de Muraviev habían hecho de él un organizador de los destacamentos llamados “de ataque”, destinados más bien a golpear a los bolcheviques que a los alemanes. En el momento en que Krasnov amenazaba Petrogrado, Muraviev se propuso él mismo y con energía para el alto mando de las tropas soviéticas. Tras algunas dudas muy comprensibles, se aceptó su propuesta. Con el mandato de vigilar estrechamente sus menores gestos y desembarazarse de él a la menor tentativa de traición, se adjuntó a Muraviev a una comisión especial compuesta por cinco soldados y marinos elegidos por el consejo de la guarnición.

Muraviev ni pensaba en traicionar. Por el contrario, se puso manos a la obra con una fogosidad extraordinaria y se mostró imbuido por una absoluta confianza en el éxito. Lejos de seguir el ejemplo de los especialistas militares de aquella época, y muy particularmente de aquellos que pertenecían a los partidos políticos, no se quejaba de las faltas, ni de los errores ni de los actos de sabotaje, que se encontró un poco por todas partes, sino que se esforzó en reparar sus consecuencias y lo hizo con una sencillez alegre y cordial que comunicó poco a poco a su entorno la fe que tenía en sí mismo.

El grueso del trabajo de organización le incumbía a los barrios obreros. En ellos había que buscar todo aquello que se necesitaba para la guerra (cartuchos, proyectiles, cañones, caballos, atelajes) y en ellos se improvisaban baterías inmediatamente enviadas a las posiciones de defensa, que cada vez estaban más próximas a Petrogrado. El combate decisivo se entabló en las alturas de Pulkovo.

Los regimientos de la guarnición de Petrogrado volvieron a las posiciones sin verdadero entusiasmo. En aquellas fechas, en los días posteriores a la revolución de octubre, las masas obreras todavía no habían adquirido conciencia de que solamente una implacable e inevitable lucha podía consolidar el golpe de fuerza ya realizado. Ganadas por la fuerza moral de la revolución creían que la cuestión sería definitivamente resuelta mediante la propaganda y el poder de la palabra. La lucha armada que se anunciaba entre las masas obreras y los cosacos les parecía un molesto malentendido, una interrupción accidental en la marcha victoriosa de la revolución de octubre. No se tomaban en serio el combate que se hacía inminente y hubiesen preferido enviar al encuentro con el adversario a propagandistas y parlamentarios.

Cierto que los proletarios de Petrogrado veían las cosas con ojos más serios que los soldados de la guarnición, pero, entendiendo la gravedad de la situación, no disponían, en presencia del enemigo, más que de destacamentos de guardias rojos, formados a toda prisa...

El resultado del combate lo decidió la artillería; situada en las alturas de Pulkovo, dominando el campo de batalla, diezmó a la caballería de Krasnov. El número de muertos y heridos se evaluó entre 300 y 500. Esas cifras eran evidentemente exageradas. Los cosacos habían combatido de mala gana. Se les había asegurado que los habitantes de Petrogrado los acogerían como a libertadores; así que un ataque de artillería de fuerza media fue suficiente para detener su ofensiva. Suspendiendo bruscamente su movimiento, los cosacos abrumaron a sus oficiales con reproches e inmediatamente organizaron reuniones e iniciaron negociaciones con los delegados de los guardias rojos. Y desde que el momento en que el asunto se llevó al terreno de las negociaciones nosotros nos convertimos en los más fuertes. Los cosacos se replegaron en dirección a Gachina donde se encontraba el estado mayor de Krasnov. Kerensky huyó, engañando a Krasnov que se proponía, según parece, engañarle a su vez. Los ayuda de campo de Kerensky y el señor Voytinsky, adjunto a su persona, fueron abandonados por el jefe del gobierno provisional y hechos prisioneros, como todo el estado mayor de Krasnov.

La ofensiva fue rechazada, la revolución de octubre resultó con ello consolidada inmediatamente. Pero todos esos acontecimientos habían desencadenado la guerra civil que tenía que prolongarse durante mucho tiempo más en toda Rusia.

Han pasado desde entonces dos años y todavía en las alturas de Pulkovo tenemos que defender y fortalecer la revolución de octubre. Krasnov, tan imprudentemente liberado en 1917, combate en la hora presente en el ejército de Yudenich y todo el tiempo en los alrededores de Cachina, donde fue hecho prisionero. Pero, a excepción de estos pocos rasgos de parecido, ¿qué diferencias tan enormes en todas las cosas! En 1917 pululaba por Petrogrado una muchedumbre disparatada de burgueses, intelectuales, grupos políticos, círculos, partidos y diarios; esa multitud se creía el ombligo del mundo y solo consideraba el establecimiento de los sóviets como un incidente político de poca importancia. El proletariado realizaba su revolución con gran entusiasmo, con una profunda fe y con un incomparable ímpetu y también con una gran sencillez. En estos dos años discurridos, la revolución ha depurado severamente a la burguesía de Petrogrado. Pero, por su parte, los obreros de Petrogrado también han atravesado duras pruebas. Su entusiasmo ya no brilla con una llama tan clara, tan ardiente como hace dos años; pero tienen infinitamente más experiencia, más firmeza y más confianza en sí mismos; moralmente están templados. El enemigo también se ha organizado y parece ser más fuerte que anteriormente. No se trata ya de un millar de cosacos atacando Petrogrado, sino de centenares de millares de combatientes, provistos de todos los recursos del imperialismo mundial, marchando contra la Rusia de octubre. Numerosas tropas blancas superiormente armadas amenazan Petrogrado. Las grandes piezas de los navíos de guerra ingleses bombardean nuestras costas. Pero también en esto hemos ganado en fuerza. Los antiguos regimientos han desaparecido. Los destacamentos improvisados de obreros armados ya son solo un lejano recuerdo. El Ejército Rojo, fuertemente organizado, ha ocupado su lugar, y ese ejército rojo que ciertamente ha conocido momentos de abatimiento, de fracasos e, incluso, horas de desfallecimiento, sabrá muy bien, al fin de cuentas, concentrar en la hora del peligro todas las energías necesarias para rechazar al enemigo.

Petrogrado fue hace dos años el gran iniciador de la revolución. El imperialismo mundial quiere golpear en estos momentos la ciudad revolucionaria a fin de demostrar su poder con la finalización de la obra en la que se vuelca encarnizadamente desde hace mucho tiempo y que es el asesinato de la revolución. La lucha por la posesión de Petrogrado reviste el carácter de un duelo mundial entre la revolución proletaria y la reacción capitalista. Incluso si este duelo tuviese para nosotros un desenlace

desfavorable, es decir si tuviésemos que dejar entrar momentáneamente en la ciudad roja al enemigo, ese golpe terrible no significaría la derrota de la república de los sóviets en absoluto. Tenemos tras de nosotros una inmensa plaza de armas que nos permite continuar nuestras operaciones militares hasta el triunfo de la revolución proletaria en Europa. Pero nuestra victoria en este duelo por Petrogrado es un garrotazo para el imperialismo anglo-francés que había depositado en la carta de Yudenich su apuesta más fuerte. Al defender Petrogrado, no solamente hemos defendido la cuna de la revolución proletaria, también hemos combatido por su expansión mundial. Y la conciencia de ese hecho ha duplicado nuestras fuerzas. No entregaremos Petrogrado. ¡El enemigo no entrará en ella!

L. Trotsky
30 de octubre de 1919

Edicions internacionals Sedov



germinal_1917@yahoo.es